

El nuevo orden informativo: un fantasma del viejo pasado

Rubén Sergio Caletti

Para concluir algunas reflexiones sobre ese infeliz derrotero que en los últimos años caracterizó al debate sobre el nuevo orden informativo. Héctor Schmucler se preguntaba, en la edición número 11 de *Comunicación y Cultura*, con cierta desesperanza: “¿No habrá llegado la hora de cambiar los temas de la discusión?”.

Que la hora llegó, no cabe duda. Más aún, llegó hace rato, al menos para los temas específicos en los que aquella discusión solía encarnar. Los demás ya discuten de otras cosas. Como en esas escenas de fin de fiesta en las que 5 ó 6 empecinados intentan seguir bailando cuando todos se fueron, la fiesta-debate sobre el nuevo orden informativo parece por momentos haberse prolongado artificialmente, y reiterando casi las mismas piezas oratorias, gracias a la voluntad pertinaz de aquellos que en su momento fueron sus más acérrimos defensores, o de quienes no resignan la esperanza ante las evidencias de esa brecha gigante que hoy se abre entre los horizontes una vez imaginados y las formas concretas de la realidad.

No es para menos. Hace algo más de una década — 12 años, casi — el nuevo orden informativo era uno de los grandes nombres que asumía el futuro próximo, ese futuro cargado de transformaciones y alegrías. Hoy, como diría el tango, es un fantasma del viejo pasado. Más crudamente: sucede que ya no es noticia.

La situación creada por el retiro de los Estados Unidos de la UNESCO ha servido para corroborarlo: si ratifica el fracaso de las ambiciones políticas de comunicación promovidas desde el organismo internacional en esta última década, no lo hace tan sólo por el hecho sabido de que dichas políticas se encuentran —entre otros factores— en la base de la decisión norteamericana; antes bien, lo patentiza en la manera radicalmente subsidiaria en la que la cuestión del nuevo orden informativo se ha hecho presente en esta coyuntura.

No se trata de descubrir el agua tibia: es algo por todos conocido que la batalla agitativa llevada adelante por los defensores del NOII llegó a su punto culminante allá por la Conferencia General de la UNESCO celebrada en Belgrado en 1980 para, ya desde entonces, iniciar su progresivo descenso hacia el olvido.

Pero no puede atribuirse al imperio de las nuevas tecnologías ni tampoco simplemente a la embestida ideológica de los países más desarrollados del norte y de sus medios de comunicación, que por cierto han cumplido su parte, la responsabilidad principal en este funeral por entregas y sin solemnidades. Poco es lo que se logra cargándole las culpas al adversario ante la propia inoperancia.

Sin embargo, y esto es lo llamativo, extremadamente escaso es el material de análisis aportado desde el propio ámbito de los estudiosos de la comunicación social para dar cuentas de esta curva hacia el olvido. Sobre todo, si se toman como referencia los miles de cuartillas escritas en su momento para enaltecer el NOII o, simplemente, si se considera la dimensión mundial que adquirió la consigna del nuevo orden informativo en el marco de esa red de preocupaciones, todavía nacientes, por los problemas de la comunicación masiva.

Todo ocurre, en verdad, como si en la misma constitución histórica e ideológica del concepto *nuevo orden informativo* hubiesen radicado zonas oscuras o de vacío que ya no es posible llenar sino mediante una reformulación global del problema, algo para lo que ya no existen condiciones, por decirlo así, favorables.

Sin intención de contemplarlas todas, pasemos rápida revista a algunas de estas zonas que, a nuestro juicio, pueden resultar hoy más visibles que diez años atrás.

La propuesta del nuevo orden informativo se desprendió demasiado pronto del contexto que le daba bases

Si en 1985 la consecución de un nuevo orden informativo en el sentido en el que se alcanzó a imaginarlo resulta, en el mejor de los casos, lejana, no sólo porque no se sabría concretamente por dónde empezar sino también y fundamentalmente porque una propuesta semejante pertenece a un esquema de relaciones internacionales globales que no es en absoluto el esquema hacia el cual parece marcharse, todo esto era también esencialmente cierto en 1980 y aún bastante antes.

La propuesta del NOII recibió su lanzamiento estelar en Argel, en 1973, como complemento necesario al nuevo orden económico internacional, y al abrigo de un auge sostenido en los procesos populares de lucha por la justicia y la participación, tanto en los países del llamado tercer mundo (en aquellos años quizá con más merecidas mayúsculas) como en significativos niveles en los propios países industrializados. UNCTAD, Movimiento de los No Alineados, Grupo de los 77, OPEP, denominaban entonces por igual la perspectiva de modificación en las relaciones internacionales que imponía este empuje de manifestaciones y perfiles múltiples.

El reflujó comenzó pronto y la propia propuesta del nuevo orden económico internacional fue desapareciendo de la escena para dar paso a batallas más elementales, restringidas al terreno tradicional de los términos de intercambio y las políticas crediticias.

No sucedió lo mismo con el NOII. Por el contrario, todavía hubo tiempo para ampliar sus alcances con una denominación sin duda más correcta pero también más ambiciosa: nuevo orden mundial de la información y la comunicación, NOMIC.

El mundo que podía efectivamente sostener una u otra ya no existía. Surgidas ambas de círculos de especialistas, no alcanzaron nunca a convertirse en pieza significativa de procesos que tuvieran por protagonistas a sujetos sociales concretos, con la excepción por la negativa del caso de la prensa norteamericana que sí tomó parte en la batalla. En la trinchera de sus defensores, el nuevo orden informativo se acogió simplemente al reciclaje de los *papers* de reuniones internacionales de expertos, o de funcionarios gubernamentales, y se resguardó en el ámbito de la conciencia desgarrada de organismos como la UNESCO o, en el mejor de los casos, de algunos círculos gremiales periodísticos de avanzada.

El problema del flujo internacional de noticias aglutinó esfuerzos, permitió equilibrios, se constituyó en eje principal del debate para, finalmente, constituir también su cuello de botella insalvable

El tema del desequilibrio en el flujo de la información noticiosa fue, durante largos años, el campo de las máximas demostraciones de la necesidad de un nuevo orden informativo. La toma de conciencia acerca de cómo un puñado de grandes agencias informativas controlaban más de las tres cuartas partes del intercambio mundial de noticias, acerca de cómo estas noticias se triangulaban en su elaboración y circulación, de cómo dos países subdesarrollados vecinos se hallaban sujetos a esta mediación distorsionadora de los grandes centros mundiales y de cómo la soberanía de los propios países del tercer mundo se veía menguada por la cuasi imposibilidad de informar sobre sus propios acontecimientos, realidades, aspiraciones, permitió incorporar rápidamente, con pleno derecho y bases contundentes, el ámbito de la información al diagnóstico de la dominación cultural y el neocolonialismo que había prevalecido en la década anterior.

Se convirtió, sin duda, en un aporte de la mayor significación. Era, a la vez, la descripción del aspecto más exterior y visible del orden informativo vigente. Debe también decirse que, entre las diversas líneas de análisis que abrió la conceptualización misma sobre la existencia de un *orden* informativo, la del flujo desequilibrado de noticias tuvo tres ventajas que probablemente ninguna otra reunía: por una parte, hacía evidente, con una noción sencilla, una realidad incontestable que asumía, además, perfiles aberrantes; por otro lado, se asimilaba con facilidad a la problemática en boga sobre el desequilibrio y la dominación en el campo de los intercambios comerciales y financieros (materias primas versus productos industrializados y tecnología, etc) que se solía sintetizar en el conflicto imperialismo/nación; en tercer y último término, modificar *ese aspecto* del orden vigente era y fue un objetivo en el que podían naturalmente coincidir fuerzas de muy distinta

índole, en el más amplio conglomerado que la consigna del nuevo orden informativo pudiera aglutinar.

Hasta aquí sus ventajas. Porque lo cierto es, también, que hacer del flujo internacional de noticias uno de los máximos ejes del debate implicó desventajas insanables.

Fuerzas de distinta índole, decíamos, se aglutinaron tras él. Pero no a la manera del programa mínimo de un amplio frente que aun con modalidades diversas, avanza conjuntamente en una misma dirección. Por el contrario, gobiernos dictatoriales, gobiernos democráticos, gobiernos socialistas, con las más disímiles alineaciones de fuerzas internas, con las más disímiles inscripciones en el escenario mundial, pudieron coincidir en una demanda que interpretaban de las más distintas maneras y de acuerdo a los más distintos intereses, junto a agrupaciones universitarias que soñaban con una derrota del imperialismo en el terreno que fuera, sindicatos periodísticos que cuando asomaban al tema reclamaban sus propios derechos a la participación, y expertos que para no quebrar la coincidencia alcanzada en los foros internacionales batallaban intensamente por mantener el asunto en sus más altos niveles de abstracción.

Desde esta perspectiva, fue más un punto de encuentro en caminos cruzados que una coincidencia práctica. Mantener el equilibrio logrado exigía también quedarse en ese mismo punto.

Pero, además, el tema del flujo desequilibrado de noticias, en la medida en que se planteó como un desequilibrio entre países, contribuyó a secundarizar riesgosamente los problemas de la producción nacional de información incluso desde la perspectiva de su circulación internacional. La cuestión se deslizó hacia una búsqueda de mayores equilibrios cuantitativos en el flujo y de un mayor control nacional sobre la información “exportada”. Poca significación adquiría, en ese plano, quién, cómo y en qué contexto producía “nacionalmente” la información. Por eso podían coincidir con alguna facilidad en el reclamo intereses, concepciones y ambiciones prácticas tan distintas como las que coincidieron. La batalla por el equilibrio omitió delicadamente la discusión sobre los métodos. Omitió — y quizá contribuyó a posponer por demasiado tiempo — la discusión sobre las bases del viejo orden y sobre qué bases para el nuevo. Exterioridad del modelo imperante en el campo de la información, el flujo desequilibrado se convirtió en mala síntesis del problema, armada sobre lo que en realidad es efecto y función de otras características estructurales. Esta *lateralización* práctica de la ambiciosa consigna del NOII ignoró que incluso en el restringido aspecto de la circulación internacional, la información no se comporta como otros productos industriales en cuyos respectivos mercados mundiales pueden efectivamente adoptarse medidas para estimular en uno u otro sentido su consumo.

Modificar la circulación de la información significa, mucho más directamente que en el caso del cacao, del zinc o del acero, modificar condiciones de producción por lo mismo que estas condiciones involucran también más di-

rectamente el conjunto de las relaciones socio-culturales tanto de los productores como de los consumidores.

Vale la pena, en este sentido, recordar brevemente los logros prácticos alcanzados en este terreno del desequilibrio informativo ya que, pese a todo, fueron los mayores avances reales generados por la consigna del nuevo orden. Decenas de agencias de información se establecieron en otros tantos países. Significativos acuerdos regionales se fueron labrando, coronados en la constitución y funcionamiento del Pool de Agencias de los No Alineados. No debe menospreciarse lo que implica esta red de información, básicamente dirigida a intercambios Sur-Sur. Pero ese enorme y valioso esfuerzo —cuya arquitectura responde con bastante precisión a lo que muchas veces se reclamó en foros internacionales— poco es lo que ha incidido en el desequilibrio del flujo de noticias y en el esquema de la dominación cultural transnacional.

A la omisión de los problemas de fondo, implícitos en la búsqueda de un nuevo orden, contribuyeron las dos principales perspectivas ideológicas desde las cuales se realizó su defensa: el antimperialismo abstracto y el tecnologismo eficientista

El tecnologismo tiene una base de partida absolutamente lógica: ningún orden informativo podrá construirse si los países en vías de desarrollo no cuentan con los recursos de infraestructura y equipos mínimos para desarrollar su propia producción de información o para asegurar sus requerimientos de circulación.

El antimperialismo al que se hace aquí referencia también tiene una base legítima: el orden informativo imperante —entonces y ahora— es una expresión más de un sistema planetario de sojuzgamiento que no debe aislarse de sus otros planos de acción, sino por el contrario analizarse y conocerse en sus vinculaciones recíprocas.

El axioma tecnologista —enunciado en la práctica también por algunos países industrializados— fue recogido con diferentes matices por numerosos países en vías de desarrollo y, no sin razón, particularmente por aquellos cuyo atraso relativo en materia de recursos técnicos hacía ilusoria cualquier ambición transformadora, cualquier participación en un esquema mundial distinto, si no se resolvía previamente esa carencia radical.

Es claro que, por este camino, se avanzaron trechos considerables. Pero también es claro que no condujo ni conduce por sí mismo a ningún nuevo orden. En muchos casos condujo, sí, a permitir una mejor inserción en el orden viejo. En otros, llevó a la sustitución del presunto adversario en el manejo de sus instrumentos materiales. Se verificó así un cambio de etiquetas para un mismo producto, si es que no peor.

La perspectiva antimperialista, por su parte, se deslizó hacia una multitud de trabajos que sobredemonstraron el carácter oligopólico de la industria informativa internacional y su orientación ya sea al rédito económico, ya sea

a la legitimación de los intereses dominantes, y, en la gran mayoría de los casos, confirmando un carácter nefasto que se le conocía de antemano.

Para los antimperialistas, contrarrestar el desequilibrio internacional fueron, de manera natural, el máximo horizonte al que podían abocarse. Del mismo modo, sucede hoy en diferentes países del tercer mundo, donde defienden a todo trance la utilización integral de satélites de comunicaciones antes de responder a la pregunta sobre qué es lo que los satélites pueden resolver y qué lo que no pueden. Esta misma resolución mágica por vía del puro nivel técnico de eficiencia se observó también hace diez años con las teletipos, la habilitación de redes de microonda o de transpondedores, la capacitación de personal en centros desarrollados, la adopción de modelos modernos de recolección y transmisión de información.

Para los antiimperialistas, contrarrestar el desequilibrio internacional implicaba asestar un golpe a la estructura de dominación en uno de sus puntos neurálgicos. No era, por supuesto, el nivel más alto alcanzable. Había otras cosas aún más deseadas, tales como la revolución, el crack del sistema en todos sus rincones, la batalla directa, si la ocasión se prestaba. En lo que se refería a la moderada y reformista ambición de un nuevo orden informativo, no importaba demasiado el cómo ni sobre qué bases, todo ello se arreglaría con la lucha de masas y las decisiones a tomarse una vez en el gobierno.

Desde ambos flancos ideológicos, el horizonte de un nuevo orden sufrió reduccionismos sucesivos. Para los partidarios de la anatema, la cuestión se jibarizó a sus términos más fácilmente denunciables. Para los partidarios de las respuestas eficaces, la reducción operó a favor del aspecto que podría encararse más rápida y prácticamente y hasta con apoyo de los países industrializados: las telecomunicaciones y la modernización del sistema.

Cuando el informe de la Comisión McBride —un valioso esfuerzo de problematización— intentaba colocar el asunto en su compleja dimensión real, Ronald Reagan se aprestaba ya a asumir la presidencia de los Estados Unidos y las relaciones internacionales ingresaban definitivamente en una nueva fase. El NOII, ya NOMIC, transfiguraba sus insuficiencias en agonía sin haber alcanzado a descifrar sus propias significaciones.

El NOII bloquea su desarrollo posible al depositar en los aparatos estatales su propio futuro

Es cierto que, a veces, algunos círculos se cierran. Este quizá sea uno de esos casos. Porque la inclinación registrada a lo largo de toda la década por resolver el tema del orden informativo por vía de un modelo estatista de producción y distribución encuentra razón de ser en la funcionalidad que dicho modelo asume para prácticamente todos los integrantes de aquel gran conglomerado mencionado en un principio.

No es de extrañar que los propios representantes y funcionarios gubernamentales que en los foros internacionales abogaron a favor de un nuevo orden reclamaran para sus respectivos estados la posibilidad de resguardar la

soberanía informativa de sus naciones. Tampoco resulta sorprendente que los propios expertos de los organismos internacionales —en definitiva intergubernamentales— convalidaran esta fórmula.

Del mismo modo, no puede causar asombro que los partidarios de soluciones eficientes y rápidas entre aquellos que defendían un esquema más justo en el mundo de la información comprendieran que los sujetos de crédito internacional para la transferencia tecnológica no podían ser otros que los propios gobiernos, tratándose por lo demás de áreas estratégicas para cada país.

Por último, menos aún habrá de llamar la atención que los grupos de izquierda, tenaces enemigos del modelo de empresa privada de comunicaciones de los Estados Unidos, y demasiado acostumbrados a connotar positivamente la estatización de casi cualquier actividad, confluiesen igualmente en la misma respuesta.

Lo que cabe remarcar en esta romería ideológica es otra sutil coincidencia muy próxima a la anterior: el modelo estatista que explícita o implícitamente se avaló era el de un estado abstracto, sin caracterización alguna. No podían caracterizarlo los propios organismos intergubernamentales, inhibidos por sus propias reglas de juego, ni los funcionarios de gobiernos más o menos autoritarios, so pena de exponerse a sí mismos, ni los de gobiernos socialistas, que apoyaban también curiosamente un nuevo orden informativo aunque el propio fuera antiquísimo, ni la izquierda académica o amplios sectores de ella que, como muchas otras veces, debieron silenciar la discusión abierta de los modelos estatales de los países socialistas.

Esta inclinación práctica por las fórmulas estatistas —que se verificó claramente en la creación de agencias nacionales de información— sin distinción de las formas concretas de Estado, de relación Estado-sociedad y del papel mismo de la información en ese vínculo, cerraba necesariamente el paso a cualquier cuestionamiento o desarrollo conceptual sobre el significado real de un nuevo orden, más allá de la premisa por todos aceptada en el sentido de la imperiosa necesidad de alcanzar un flujo más equilibrado.

El NOII, una consigna que parecía cargada de alta explosividad política, se mordía la cola al despolitizar esencialmente el problema planteado, es decir, al escindir los rasgos del orden informativo vigente y el debate al respecto por un lado, del debate sobre la estructura de poder y de producción social de la información en la que este orden se asienta y consolida en cada país, por el otro.

Esta omisión decisiva de lo político en los tramos fundamentales del debate asumió fácilmente dos formas de sustitución: precisamente, la de una perspectiva tecnológica que tendió a racionalizarlo como un problema de eficiencia operativa, y la de una perspectiva antimperialista abstracta que tendió a convertirlo en una batalla ideológica más de su serie.

La reivindicación de un orden informativo más justo, que había nacido en los círculos de expertos, se condenaba a morir allí, sin haber llegado a permearse con su preocupación a los actores sociales concretos a los que pretendía beneficiar. Tratar de hacerlo hubiera implicado, entre otras cosas, hablar de política y no era lo que venía al caso.

Hoy parece obvio afirmar que no habrá nuevo orden informativo internacional que no parta, a la inversa, de la búsqueda de nuevos órdenes nacionales de información. Pero tampoco es exagerado suponer que sobre esta otra problemática, más o menos aludida con frecuencia en los años recientes, poco o nada es lo que efectivamente parecemos capaces de imaginar y formular.

Hasta nuevo aviso, el NOII ha muerto. Viva pues, el NOII, aunque no lo haya matado ni la embestida ideológica de la prensa norteamericana ni el desarrollo de nuevas tecnologías. Lo que ellas han hecho en todo caso, es plantear algunos temas de mayor vigencia para los que ha llegado, por cierto, la hora de la discusión.